

El cráter del volcán Rincón de la Vieja

DESDE que conocí la hacienda «Guachipilín» y recorrí las faldas donde nacen cuatro de los principales ríos del cantón de Liberia, pude apreciar las muchas manifestaciones con que el volcán Rincón de la Vieja exhibe su vida tranquila, y llegué así a sospechar la existencia de uno o varios cráteres por donde respira cómodamente, sin causar sobresaltos a los habitantes de sus alrededores. Las hornillas y las pailas, grandes solfataras que constantemente están en ebullición, han sido siempre muy visitadas, aunque nunca han merecido un estudio científico, razón por la cual, seguramente, tampoco ha habido en tantos años persona que se interese por averiguar la existencia del cráter, y de ahí que no se haya escrito nada interesante sobre la vida de este volcán.

Después de haber visitado en compañía del Prof. don Alberto Rudín el cráter del Poás, sentí vehemente deseo de conocer el del vecino de Liberia; pero nadie pudo darme razón de su existencia. Todas mis investigaciones terminaron con saber que «seguramente está al lado de Nicaragua». De este mi deseo era también participe don Elías Baldioceda, dueño de la hacienda antes citada, y quien varias veces intentó llegar a la cumbre de la cordillera con el objeto de hacer observaciones que le indicaran la existencia del deseado cráter. Nunca había podido alcanzarla y pasar al otro lado; pero en su último intento, a fines de marzo del año en curso, triunfó y después de recorrer algún terreno, pudo hacer dos observaciones importantísimas: 1ª, que a lo lejos y después de una altura escarpada, salía gruesa columna de humo que se elevaba mucho; y 2ª, que al Sur de esa altura escarpada y en una hondonada cubierta de bosque, se veía en el fondo de ella una laguna de importancia.

Con estas magníficas noticias regresó entusiasmado y preparamos viaje para el próximo domingo, cuatro de abril pasado.

La hacienda «Guachipilín» dista de Liberia unos 30 kilómetros en dirección Norte, y la cumbre principal del Rincón de la Vieja está al N. Noreste de la casa y a 12 kilómetros aproximadamente. De la casa de la hacienda salimos siete personas a caballo con ocho perros y ascendimos por la ladera cubierta de bosque, entre los ríos Blanco y Colorado, durante dos horas. Poco a poco la vegetación va dismi-

nuyendo hasta crecer solamente el copel, árbol que a medida que ascendemos pierde tamaño hasta que unos no crecen más de medio metro, a cuyo amparo dejamos las bestias para seguir a pie.

De este último punto en adelante la ascensión presenta a trechos algunas dificultades y en otras se presenta hasta para correr sobre vasto desierto de tierra calcinada por el fuego de antiguas erupciones y cubierto por piedras de todo tamaño, con claras manifestaciones de haber sufrido también la acción terrible del elemento. A poco subir sin grandes dificultades, estábamos sobre la línea divisoria de las aguas. Aquí hicimos alto para descansar y ver a lo lejos. ¡Imposible! Hacia el Este y Sur teníamos nuestra extensa provincia del Guanacaste envuelta en una inmensa nube de humo, producto de la inicua costumbre de arder los campos sin más objeto que el de destruir la vegetación para alejar más y más las aguas, acabar con el humus y convertir todo en un desierto despreciable. Tal la perspectiva que tenemos, si una enérgica actitud de las autoridades no corta de raíz esta criminal costumbre. Hacia el Norte y Este la niebla de altura no nos dejó ver muy lejos; pero a nuestros pies nos encontramos con un valle desierto en forma de doble plano inclinado, de unos dos kilómetros de ancho que nos propiamente atravesar.

Al alcanzar la orilla opuesta pudimos ver al frente y detrás de otra escarpada cumbre, la gruesa columna de humo ya vista por Baldioceda y que nos señalaba, sin duda alguna, el lugar del cráter; y a nuestra derecha (Sur) en el fondo de un valle cubierto de bosque, risueña laguna que nos hizo marchar en su busca antes que al cráter. Dentro del bosque y sin ver la laguna, el camino se nos hacía más difícil, no obstante que íbamos aprovechando un verdadero atajo de ganado, hecho indudablemente por los dantos (tapir). Al poco rato oí un grito de triunfo y al salir del bosque me encontré con Baldioceda a la orilla de la laguna tomando agua cristalina y fresca. Esta laguna tiene cerca de 400 metros de longitud por 150 metros de ancho, tiene playa ancha, pedregosa en parte y cenagosa en otra. No tiene desagüe y la alimenta un pequeño riachuelo; por donde quiera nos encontramos huellas de tapiros y las únicas aves que allí vimos fueron dos

pequeñas tijeretas, parecidas a las marinas y algunas palomas collarejas.

Almorzamos y luego, viendo hacia el Norte observamos nuevamente la gruesa columna de humo que debía guiarnos hacia la meta de nuestras aspiraciones. Comenzamos de nuevo a ascender por la ladera cubierta de bosque para salir otra vez al terreno desierto donde no hay vegetación alguna ni señales de que en otro tiempo la hubiera. Ya en la meseta antes descrita, nos encaminamos por un lomo de burro, con pendiente de un 10%, por donde gente y perros caminábamos en perfecta formación. Indudablemente estábamos ante una situación difícil porque los perros dejaban oír, al caminar con el rabo entre las piernas, un llanto lastimero que daba risa a veces y otras, miedo. Las piedras que se desprendían de esta altura por donde caminábamos rodaban adquiriendo gran rapidez, hasta perderse en el abismo que teníamos a ambos lados. Después de caminar en esta forma durante unos veinticinco minutos llegamos a un nudo de donde se desprenden dos cordones como el anterior, en forma de tenaza que bordea el cráter y cuyos extremos, descendiendo poco a poco, llegan a confundirse con la misma orilla del gran hueco. Tras ligero momento de duda nos encaminamos por el de la derecha, descendiendo suavemente como habíamos subido, hasta llegar al borde mismo del cráter.

Este cráter tiene muchas semejanzas con el del volcán Poás en menores dimensiones. Es un perfecto cilindro de 500 metros de diámetro aproximadamente; su profundidad, muy difícil de calcular a simple vista, la estimo en 100 metros. Por lo perpendicular de las paredes, juzgo la laguna del fondo tan ancha y redonda como la boca superior. Durante mucho tiempo estuvimos deseosos de ver lo que había en el fondo porque la columna de vapores nos lo impedía. Su constante jugueteo nos dejó ver un segmento por donde apreciamos una capa de agua, al parecer pura, en cuyo fondo se movía un barro plumizo con corrientes amarillas que cambiaban del color pálido al encendido. No fué posible ver otra sección del fondo porque de pronto una ráfaga de viento nos echó encima la columna, terrible vapor que nos produjo picazón en la cara y manos, lagrimas y tos incesante. Los perros aullaron, corrimos y nos alejamos de allí fuertemente impresionados, satisfechos, aunque lamentando no haber llevado una kodak.

Aunque en las faldas del Rincón de la Vieja son abundantes los azufrales, en la cumbre y en los alrededores del cráter el azufre es muy escaso.

Según el mapa político de Costa Rica este cráter está en territorio de